

buen tañido, declaran su origen puro y castizo, e indican que quien las maneja ha aprendido las delicadezas de la forma en los buenos hablistas de Castilla. Mucho habrá ganado el señor Robledo como escritor al leer las obras de Caro, en donde no se sabe qué admirar más, si lo sonoro de las frases o lo elegante de los giros, o la riqueza y primor de la lengua, o la profundidad del pensamiento modelado en signos claros, indelebles y hermosos.

ANGEL MARÍA SAENZ

Una madre cristiana

A veinte kilómetros de Turín, en el pequeño caserío de los *Becchi*, vivía en 1846 una piadosa viuda llamada Margarita Occhiena.

Tres hijos tenía. El primogénito, fruto de un primer casamiento del marido de Margarita, se llamaba Antonio. Poseedor del patrimonio paterno, vivía solo en una casita vecina de la de su madrastra. El segundo, José, casado ya y padre de familia, vivía con su madre; y Juan, el más joven de los tres, ordenado sacerdote cinco años antes, moraba en la capital, donde había continuado, después de decir su primera misa, los estudios de teología.

Margarita Occhiena vivía feliz en los *Becchi*. Mujer sencilla, muy enérgica, de instrucción nula, pero de juicio recto y de piedad admirable, realizaba el tipo perfecto de la madre cristiana. Viuda a los veintinueve años, había sabido hacer de sus hijos, cristianos como ella, y de Juan, el más joven, un sacerdote piadoso, celoso, ardiente para el bien y el servicio de las almas. El consuelo y la alegría de la vida pacífica de Margarita Occhiena eran sus nietos. Sin cesar se veían al lado de sus faldas las cabecitas morenas de los hijos de José. Esta mujer sencilla, activa en los trabajos campestres, parecía nacida para la vida al aire libre. Amaba su casa, su campo, sus nietos, su jardín y su tranquilidad.

Bendecía todos los días a la Providencia por su suerte. El porvenir no la inquietaba, el presente la sonreía. Creía ya haber cumplido con sus obligaciones educando sus hijos para Dios y el deber. No le quedaba sino gozar de su obra y de su reposo, y ver crecer al rededor suyo la familia pequeña que causaba toda su alegría, como ella misma era su honor y su consuelo.

Un día, a pesar de esto, Margarita, siempre alegre, tenía una sombra en la frente. Mientras limpiaba las legumbres en la humilde cocina de los *Becchi*, se pasaba de cuando en cuando la mano por el rostro para enjugar una lágrima furtiva. Había recibido aquella misma mañana una carta de Turín. La carta era del Padre Juan.

Este, capellán del asilo *Barolo*, agobiado por trabajos de todas clases, había caído enfermo. Los médicos le prescribían el reposo, el aire libre, unos días pasados en la aldea. Esta última prescripción consolaba un poco, es verdad, a la señora Margarita, de la mala noticia. Iba a ver de nuevo a su querido Padre Juan; pero ¿en qué estado le encontraría?

La pobre viuda estaba sumida en estas reflexiones, cuando un día vecina, María Balli, penetró en la habitación.

—¡Cómo! ¡Es usted María! ¿Ya de vuelta de Sassi?

—He venido ayer tarde, vecina, y he oído grandes noticias de su hijo Juan.

—¡Está enfermo el pobrecito! ¡Con tal que el aire de los *Becchi* le restablezca!

—¡Enfermo! Está más que enfermo, mi pobre Margarita. Entre nosotras, y sin ofenderle, creo que tiene una araña.

Y con un gesto expresivo, la aldeana puso su índice sobre los mechones de cabellos grises que sombreaban su frente.

—¡Cómo! ¿Una araña? Explíquese usted, María.

—Con esto quiero decir que no es como los demás. Entre nosotros, los sacerdotes tienen un curato, una iglesia, se ocupan de sus feligreses. Mientras que el Padre Juan,

siempre seguido de un ejército de galopines, predica y confiesa al aire libre y se pasea los domingos con un montón de bribones poco recomendables. No se habla más que de él en Turín.

—Si hace eso, es para su mayor bien....

—No digo lo contrario. Pero pida usted a la gente que no hable. La criada del Cura de Sassi estaba furiosa el otro día. Y ¡vaya! que tenía por qué. Parece que su amo había invitado al Padre Juan para pasar allí el día. Llegó por la mañana solo, como estaba prevenido. Hacia las diez, en el momento de la misa parroquial, oyóse un estruendo espantoso en el jardín. La cocinera asomóse a la ventana. ¡Horror! un centenar de chiquillos galopaban sobre las legumbres. Venían desde Turín para confesarse con el Padre Juan. No hubo medio de sacarlos de su obstinación. Habían partido por la mañana, no sabían que Sassi estuviera tan lejos, y no tenían ni un pan en el bolsillo. Angelina alzaba los brazos al cielo, y hablaba nada menos que de despacharlos a escobazos. Pero el Padre Juan y el sacerdote habían tomado su partido. Se les confesó, se les dio la comunión, se les hizo asistir a la misa, se vaciaron las panaderías, y el Padre Juan les despidió, contento con la promesa de que no lo volverían a hacer.

La señora Margarita escuchaba atentamente esta pintoresca relación, y una sonrisa iluminó su pálido semblante.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo, juntando devotamente las manos—Mi Juan no será un servidor inútil. Habéis hecho de él un apóstol.

Algunos días más tarde, el Padre Juan llegaba pálido y cansado. Pasó tres meses en su parroquia natal. Durante esos tres meses llegaba por el correo una lluvia de cartas. Los sobres no eran propiamente modelos de caligrafía; gruesas letras informes, que indicaban manos novicias, intrigaban al cartero del lugar.

Casi todas estas cartas decían absolutamente lo mismo. Allí se conjugaba el verbo *volver* en todos sus tiempos,

modos, números y personas: “Señor Capellán, ¿cuándo volverá usted?... Mi querido Padre, ¿cuándo piensa usted volver?... Si no vuelve usted pronto, seré yo quien iré a buscarle...”

No haciendo efecto las cartas, resolvieron turnarse para ir en comisión. Cada semana una docena de chiquillos con bastante pobre equipaje llegaban a *Becchi*. La señora Margarita les daba de comer y les explicaba como podía, que su capellán estaba muy débil, que tenía que hacer allí mucho, y que ella no podía dejar que su Juan se muriera por un montón de diablillos que corrían por las carreteras.

En fin, un día llegó llorando una pobre mujer, la madre de uno de aquellos galopines que la señora Margarita había despachado; Margarita se dejó emocionar.

—Esté usted tranquila—la dijo el Padre Juan—y diga a sus hijos que antes que las hojas hayan acabado de caer, estaré a su lado.

Esta decisión debía cambiar la vida de Margarita Occhiena.

*
*
*

Al día siguiente, el Padre Juan pidió a su madre que le acompañase a Turín. La señora Margarita sobresaltóse.

—¡Yo, dejar a los *Becchi*! ¡No volver a ver nuestras montañas y el campanario de nuestra iglesia! ¡Alejarme de José y de mis nietos! ¡Ah Juan, qué sacrificio me pides!

Este fue el primer movimiento. El segundo no se hizo esperar: la señora Margarita se puso de rodillas, rezó algunos minutos y dijo, levantándose:

—José y sus hijos están buenos. Pueden bien pasarse sin mí. Tú, Juan, has estado enfermo, y tu salud no es todavía completa. Voy a hacer el equipaje y me voy contigo.

Y dos días después los viajeros se pusieron en marcha.

Los bagajes eran ligeros. El Padre Juan llevaba bajo el brazo un breviario, un misal y varios cuadernos: su madre, una cesta llena de ropa blanca y de vestidos.

En el camino se encontraron con un sacerdote muy amigo del Padre Juan. A la vista de los dos caminantes fatigados y polvorientos, el amigo preguntó asombrado:

—Por amor de Dios, ¿de dónde vienen ustedes así?

—Venimos de nuestra tierra.

—¿A pie?, y ¿por qué motivo?

—Por un simple motivo —respondió el Padre Juan riendo y haciendo pasar su dedo pulgar sobre el índice con un gesto expresivo:—No hay dinero; tampoco hay coche.

—Y ¿dónde habita usted?

El Padre daba clase a sus rapazuelos en una especie de granja llamada *Valdocco*.

—Por ahí, en un desván.

—Y ¿sus muebles, sus provisiones?

—Es usted muy curioso. ¿Y la Providencia? ¿no hace usted caso de ella?

—Y ¿nadie les espera? ¡Ah! mi pobre amigo, me da usted compasión y vergüenza. Pero aquí está mi reloj; que-rría mejor darles dinero, pero tengo para no ofrecerle la misma causa que ustedes para viajar a pie. Y el pobre sacerdote, imitando la pantomima del Padre Juan, le deslizó el reloj entre las manos. Y con este equipaje, la madre y el hijo llegaron a Turín.

Los pilluelos del Padre Juan, que así se les llamaba, creían haber hecho las cosas en grande. Nuestros dos viajeros encontraron en sus dos cuartitos, dos camas, dos bancos, un cofre, una mesa, una marmita y cuatro platos.

La señora Margarita encontraba esto un poco reducido.

—¡Qué! ¡al contrario!—la respondía su hijo—Han pensado en todo; no han olvidado nada. Tenemos aún algo superfluo: un reloj. A lo menos por esta tarde, porque mañana no respondo de nada.

Y ganada por el buen humor del sacerdote, la anciana respondió:

—En los *Becchi* tenía que estar siempre acupada mon-dando, limpiando cacharros, disponiendo, y aquí en dos

golpes de mano acabaré mi obra. Pero ¿nos faltará trabajo? En todo caso, si no tenemos nada que hacer, cantaremos.

Mas el trabajo no fue lo que faltó.

A pesar de esto, su primer ensayo de internado fracasó. Una hermosa tarde, el Padre Juan condujo ante la señora Margarita una veintena de rapaces vagabundos que le habían confesado que dormían al sereno, bajo los puentes, en los carruajes, en las casas en construcción de la bella ciudad de Turín. Naturalmente, la señora Margarita no tenía camas que ofrecerles; reunió todas las mantas y sacos que en la casa había, y el Padre condujo a sus huéspedes al pajar, al que se subía por una escalera.

El Padre, en lo alto de la escaleta, recitó un Padrenuestro y un Avemaría, y les dio las buenas noches. Al día siguiente, fue tempranito al pie del pajar.

—Pobres niños—pensó todo enternecido al no oír ningún ruido,—¿cómo duermen! ¡es lástima despertarlos!

Prolongándose el silencio, decidióse a subir por la escalera. El nido estaba vacío. Los pájaros habían huído llevándose las mantas y los sacos.

Esta decepción no le desanimó.

Un antiguo alumno del oratorio, que tributó a Margarita un agradecido recuerdo, la pinta yendo y viniendo por la cocina, siempre pensando en el lavado o en la comida, remendando un pantalón, rodeada de un pequeño ejército, que no pide otra cosa sino ayudarla en su trabajo. La buena mujer recita en alta voz un Padrenuestro, pero no podemos afirmar que lo haga sin distraerse.

—Tú, toma un cuchillo y prepáralas esas legumbres. *Pater noster qui es in coelis*.

—Anda, corre pronto a buscarme leña. *Sanctificetur...*

—¡Bueno! Ya está mi ropa en el suelo. ¿Quién es el que me la va a coger? *Nomen tuum*.

—¡Ah, eres tú, chico! ¡Todavía con la camisa rota...! ¿crees que no tengo otra cosa que hacer que arreglártela?

Fiat voluntas tua.

—Vé a ver si el Padre Juan ha venido. Tarda mucho el buen hombre. Pero no hay que escandalizarse de mis palabras inconsideradas. Cuando se trabaja por Dios, nada es bastante. *Sicut in coelo et in terra.*

Una vez, una sola vez, el desaliento llamó a las puertas de la buena mujer, y el diablo, envidioso del bien hecho por ella, sirvióse para abatirla de un accidente sin importancia.

Un antiguo alumno del oratorio que había servido en el cuerpo de los *Bersaglieri*, había imaginado enseñar el servicio militar a los discípulos del Padre Juan, y formar así una especie de cuerpo de cadetes.

La señora Margarita hablase reservado en el fondo del patio un huertecillo, donde cultivaba con esmero perejil, perifollo, puerro y zanahorias.

Un día de fiesta extraordinaria, los *Bersaglieri*, que así se les llamaba, se divertían en jugar a los soldados en el patio, y en lo más caluroso de la batalla, los soldados rompieron la empalizada y corrieron sin piedad sobre las frutas y las hortalizas.

Todos aplaudieron su valor, excepto Margarita que, muy agitada, declaró a su hijo que ya no podía resistir más.

—Escúcha, Juan—le dijo,—tus alumnos son insoportables; sé razonable y déjame volver a los *Becchi* para acabar pacíficamente los pocos días que me quedan de vida.

El sacerdote miró fijamente a su madre con una tierna emoción, y por toda respuesta la mostró el crucifijo que pendía de la pared.

—Tienes razón, Juan, tienes razón—apresuróse a decir la anciana; y volvió a su trabajo.

No solamente Margarita se privaba de lo necesario, sino que evitaba cuidadosamente el crearse necesidades ficticias.

—Somos pobres—decía,—tenemos, pues, que vivir como pobres.

Y este era su eterna cantinela.

Un día un obispo la ofrecía un polvo de tabaco.

—Gracias, Monseñor. Un polvo no es nada; pero, la costumbre.... ¿Cómo haría si me dejara llevar de lujo parecido?

—¿Que, cómo haría usted? Nada más sencillo. Tome usted mi tabaquera.

La tabaquera era de plata. La señora Margarita se vio obligada a aceptarla; pero la transformó pronto en zapatos para los vagabundos.

Esta vida de virtud y de trabajo duró diez años.

En este tiempo, el Padre Juan era ya célebre. Se interesaban todos en su obra, se le daba dinero y recursos para construir y fundar un soberbio asilo; se le consideraba como lo que era, como un santo, y aun el gobierno italiano le daba pruebas de confianza.

Las nuevas construcciones del internado fueron terminadas, gracias a la caridad pública, al empezar el invierno de 1856. Todo se preparaba con alegría para la mudanza, pero un velo de tristeza inquieta parecía cubrir a la nueva casa. La salud debilitada de Margarita daba al Padre Juan grandes y legítimas inquietudes.

—¡Ah!—decía ella, recorriendo los corredores de la nueva vivienda y ayudando a encender braseros para secar las paredes frescas: estos grandes corredores no son para la pobre anciana. Son demasiado hermosos.

En efecto, en lugar de cambiar de morada, Margarita iba a partir para el cielo.

Hizo venir a su hijo José y a sus nietecitos, y les dirigió conmovedoras recomendaciones, exhortándolos a no salir de la condición modesta de sus abuelos, a menos que con vocación verdadera tuviesen el deseo de ser santos sacerdotes.

Después esta sencilla aldeana, elevándose a más altas consideraciones, se dirigió a su hijo Juan.

Este creía conocer a su madre. Quedó confundido, por que nunca hubiera sospechado en ella un espíritu de observación y un misticismo tan sublime.

— Querido Juan, le dijo, te voy a hablar como en confesión; has adquirido mucha autoridad, y como todas las autoridades del mundo, rodeado por la adulación, estás en peligro de no conocer sino las verdades lisonjeras. Ten grande confianza en los que trabajan contigo en la viña del Señor; pero nunca les dejes perder de vista la gloria de Dios. Piensa que en lugar de esta gloria algunos buscan la suya propia. Desdén el esplendor y la elegancia en tus obras; ten por guía la pobreza efectiva y real. Algunos aman la pobreza de nombre, pero no en realidad; o en los otros, pero no en ellos mismos. Tu familia, aunque crezca, es necesario que permanezca pobre y que sea humilde, que no quiera ser preferida a otras familias espirituales, y que cada uno de sus miembros esté siempre dispuesto a ceder el paso a cualquiera que marche a su lado en el grande sendero de la caridad, donde hay sitio para todos. Mientras obraren así, Dios les bendecirá. Es para mí un gran consuelo recibir de mano de uno de mis hijos los últimos sacramentos, como también el ver por toda la casa tantos jóvenes estudiantes y hasta sacerdotes, que son tus hijos, querido Juan, y también los míos.

El Padre Juan administró a su madre los últimos sacramentos, y no se separó más de ella; pero como si el dolor de aquel hijo predilecto hubiera hecho sufrir a la santa moribunda, reunió todas sus fuerzas para decir:

— Adiós, hijos míos; abrazadme por la última vez. No lloréis así; acordaos que el trabajo y el sufrimiento son nuestro destino aquí abajo. Tú, Juan, véte; obedéce a tu madre.

El sacerdote vacilaba; pero Margarita hizo un ligero gesto de descontento como diciendo:

— Sufres y me haces sufrir.

El hijo sumiso obedeció, y fue a caer sofocado por los sollozos al pie de un crucifijo, dejando a la moribunda con el teólogo Juan Borelli, su tía María Anna Occhiena y una piadosa amiga llamada Juana María Rua.

A las tres de la mañana, José fue a encontrar a su hermano.

— ¿Qué hay?— preguntó ansiosamente el Padre Juan. José, por toda respuesta, le mostró el cielo.

El sacerdote tomó uno de sus discípulos y fue a decir inmediatamente la misa de difuntos en la capilla subterránea del santuario *Della Consolata*. Era el 25 de Noviembre de 1856.

Entonces contaba en Turín el Padre Juan, tres casas de educación puestas bajo la protección de San Francisco de Sales. Los alumnos, en número de mil quinientos a mil seiscientos, acompañaron a su última morada a aquella humilde mujer, que había sido su madre, y la iniciadora de todas las obras de su hijo.

Hoy, el *Valdocco* ofrece a los asombrados ojos del observador una iglesia espléndida, dedicada a María Auxiliadora. Al lado se halla un asilo donde millares de huérfanos reciben el pan de la inteligencia, el pan del alma, con el pan del cuerpo, el pan material. La iglesia ha costado 1.100,000 pesetas, y de esta suma 850,000 han sido entregadas en acción de gracias de favores obtenidos por la intercesión de María.

Cuando el Padre Juan emprendió esta construcción, el Papa Pío IX le envió su óbolo, un billete de quinientas pesetas. El Padre Juan se puso a trabajar inmediatamente.

Después de la colocación de la primera piedra, el 29 de Abril de 1865, le quedaban sólo en caja 40 céntimos.

Por lo demás, bien se nota que la Providencia ha bendecido aquella obra.

Los salesianos tienen hoy casas, talleres, colegios en todas las partes del mundo; y el que contempla estas maravillas de la caridad en el siglo XIX, ignora quizá que la primera y principal colaboradora de tantas obras fue una humilde aldeana de los alrededores de Turín, Margarita Occhiena.

Pero esta mujer sublime fue primero una madre cristiana. Si queréis conocer el nombre de esta anciana, grande por su virtud y por las obras de su hijo, baste decir que Margarita Occhiena fue la madre de *Don Bosco*.